

Fiebre Matías Candeira

Candaya, 2015


CANDAYA

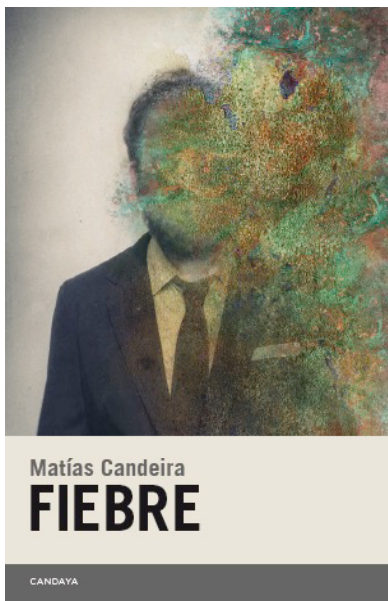

escuela de
escritores

Es invierno. Tobías Wesser delira en un hospital a altas horas de la noche, pero no es un hombre al que nadie vaya a llorar. Dentro de pocas horas estará muerto. Su hijo, al que todos llaman Caníbal, contempla el espectáculo junto a dos moscas, las únicas que han decidido hacerle compañía.

Tras la muerte, sin apenas pistas para guiarlo, Caníbal se verá obligado a reconstruir ciertos recuerdos sobre su padre escondidos muy dentro de su memoria. Tendrá que investigar la figura de ese hombre siniestro con el que apenas mantuvo trato cuando estaba vivo. Caníbal lo sabe: no se mata al padre, se descende dentro de él. Muy pronto, el suyo se revelará como una enfermedad moral y física que lo ha perseguido durante toda la vida; y sus secretos le anunciarán un destino retorcido del que más le vale ponerse a salvo.

En su superficie, *Fiebre* es una meditación acerca de la pérdida, la dificultad de asimilar y reconciliarse con el dolor y la muerte y el poder redentor de la memoria y la literatura. En sus territorios interiores, es también una novela mutante —negra, despiadada, fantástica— sobre la otredad, las maldiciones familiares y la posibilidad de reescribir nuestra vida para apropiarnos de otras.

«Bajo esta literatura se esconden acuciantes signos de interrogación: ¿Qué es querer? ¿Son el amor y la familia los espacios privilegiados del horror?



¿Es solo allí donde las cosas familiares se vuelven extrañas dejando que saque la cabecita, entre dos tablones separados del parqué, el gusano de lo siniestro, de lo que no debería ser visto ni nombrado?, ¿Podemos hacer eso con las palabras o se nos castigará por crueles, por morbosos, por no apartar los ojos de la luz?», **Marta Sanz**

«Una visión igualmente ecléctica a la hora de armar un registro gótico contemporáneo, y también centrada en el mundo familiar y sus demonios.» **Javier Calvo**

«La literatura entendida como un sistema de vasos comunicantes entre lo real y lo imaginario, o más bien entre lo difícilmente real y lo posiblemente real, ésta es la almendra estética de Matías Candeira: su talento natural, sus dotes para construir historias puntualmente bellas y visionarias, y su capacidad para presentarnos mundos nuevos o permitirnos ver éste mismo con otros, y quizá mejores, ojos», **Vicente Luis Mora**

El autor: Matías Candeira (Madrid, 1984)



Matías Candeira. Actualmente trabaja como profesor en la Escuela de Escritores, donde imparte cursos de creación literaria. Es autor de los libros *La soledad de los ventrílocuos* (Tropo Editores, 2009), *Antes de las jirafas* (Páginas de Espuma, 2010), *Todo irá bien* (Salto de Página, 2013) y *La segunda vida* (Aristas Martínez, 2014), en colaboración con el ilustrador Javier Jubera. Parte de su trabajo creativo también ha transitado la publicidad, el cortometraje o los videojuegos. Ha recibido numerosos premios literarios en el ámbito del relato breve y sus textos han sido recogidos en revistas como *Quimera* o *El estado Mental*; y en antologías de España y Latinoamérica, la más reciente: *Última temporada: nuevos narradores españoles* (Lengua de Trapo, 2013). Como reconocimiento a su labor literaria ha obtenido diferentes becas de creación para la escritura de sus libros. En 2010 la de la Fundación Antonio Gala para Jóvenes Creadores (Córdoba) y, el pasado 2013, la de la Fundación Han Néfken (Barcelona), una de las más prestigiosas para autores jóvenes hispanohablantes.

El color azul y las letras en amarillo plutonio del cartel de la funeraria no son muy diferentes del los de una de esas tiendas enormes de muebles que hay en casi todos los barrios. Me siento como si estuviera a punto de entrar a comprar mi primera casa. No estoy muy seguro de que vayan a hacerme una oferta suculenta, aunque tampoco lo descartaría. Me dedico al negocio de la publicidad, así que hay muy pocas estrategias de venta que puedan sorprenderme. ¿Qué clase de mundo sería este si no se pudiera pagar por todo lo que es oscuro y desagradable? Estimado amigo, tendrá el maquillaje gratis o el relleno de los órganos del cuerpo con un descuento extra si nos elige a nosotros. Por instinto, me abrocho el último botón de la camisa, también las mangas para ocultar la marca de mi brazo. Compruebo mis axilas y entro como en cualquier otro lugar donde pienso pagar un buen dinero.

—Buenos días —digo en voz alta.

Pocos minutos después, la chica asegura que se encargará de todo. Tiene las uñas cortadas al límite para que su roce con los antebrazos de los clientes no resulte molesto. Me coge del codo, empuja discretamente y me hace pasar hasta una sala enorme. El suelo blanco está bien encerado. Enormes sillones de cuero negro brotan como hongos y hay un par jarrones sobre las mesas bajas cuya boca parece el morro de un jabalí. Me pregunto si se les llamará jarrones funerarios si están dentro de un sitio como éste. En lugar de tener pétalos

secos, el fondo lo han cubierto con pequeños anillos blancos. Busco la puerta por la que he entrado. Ya la han ocultado con otra, que la chica cierra despacio detrás de mí. Hay más puertas de doble hoja, a cada lado, que sellan todo este sitio y nos aíslan.

Poco después, ella me muestra un catálogo con un diseño blanco en las tapas y una cruz dorada. Es muy elegante. Me mira de arriba abajo buscando signos de alarma. Un tipo tan enorme, seguramente tan violento, tiene que cargar con una pena igual de brutal.

—¿Quiere sentarse en el gran sillón? Estará más cómodo.

Dice «gran sillón», y me he fijado en que lo hace despacio. Abre esas dos palabras en canal, las vacía y las maquilla como los cuerpos que esperan en las cámaras del sótano. Me dejo caer en el sillón más estrecho porque me gusta sentir la altura del cuerpo y el peso de mis brazos, antes de decir sí a esto o sí a lo otro. Sin brusquedad, le robo el archivador y lo abro sobre las piernas. La miro fijamente: su maquillaje de sombras ocres en las mejillas y el colorete bien extendido, con tanto gusto. ¿Es que tú también has salido del catálogo que me estás enseñando ahora?

Mi indecisión va a la deriva unos instantes cuando contemplo todas las opciones y los acabados de los que me habla. El menú de la muerte no es demasiado discreto. Los ataúdes tienen nombres festivos. Amanecer en la sierra. Nenúfar eterno. Queen Mary. Sigo sin estar seguro de cuál elegir. Son demasiados los nervios. Hay nogal. Hay abedul. Hay pino. Hay incrustaciones de oro y de plata quemada que hacen pensar en la coronación de un rey.

—Este es nuestro *brochure* con las opciones más económicas —dice—. Tenemos algunas más, pero es algo que no sugiero al principio por respeto a ustedes.

–No se preocupe. La verdad es que tengo una cierta cantidad de dinero para gastar... –contesto; después hago una pausa–. Ah, siempre he querido decir eso.

–Si conocía bien la personalidad de su...

–Mi padre, mi padre.

–Si conocía bien sus gustos y su manera de ser también podemos mirar otras posibilidades.

–Soy muy buen detective. Vamos a ver lo que tiene por aquí.

Por sus ojos, sé que empieza a desear que me marche. Ha juntado las rodillas y se ha alisado la falda negra mientras abre otro archivador plastificado. Ciertas mujeres se sueltan el pelo para tratar las malas noticias. Aún me sigue pareciendo natural hablarle a él y, poco a poco, construir un confortable futuro; uno donde ambos tenemos la edad en la que se mira al otro con un gramo justo de compasión y podemos estar sentados a la misma mesa con mantel de cuadros. Bueno, papá, ¿cuál quieres? Nadie a mi lado.

–¿Qué tipo de acabados tienen los ataúdes? –pregunto.

–Puede elegirlo con un cristo en el frontal o invertir ese coste en un material mejor. ¿Su padre era religioso?

Niego con la cabeza.

–Creía mucho en sí mismo, eso sí se lo puedo asegurar.

Tendría que explicarle algunos momentos del pasado de los que no estoy particularmente orgulloso. Ella señala otra fotografía con cierto aire vintage. Muestra un ataúd inclinado que parece un enorme brick para huevos de gallina. El nombre de este modelo es Alma de jardín.

–También lo tenemos en cartón biodegradable, si quiere.

–Han pensado ustedes en todo –digo.

–Le sorprendería saber que hay muchas familias preocupadas por el medio ambiente, incluso en una situación tan delicada como esta.

Empiezo a notar la lengua más tibia.

—Mejor preocuparse por el medio ambiente que por los señores fallecidos. Entonces, acláremelo: si tienen cristos, también existirá la opción de escoger lo contrario. ¿Hay alguien que elija esa talla concreta para el ataúd?

—No le entiendo.

—Estará de acuerdo conmigo en que los gustos y la personalidad de un padre como el mío pueden ser bastante complicados. Pues a eso me refiero.

—Pero yo no conocía a su padre.

—Ni usted ni creo que nadie.

—¿Qué quiere decir con eso de lo contrario?

Pasa otra página de catálogo de indudable belleza. En éste los ataúdes tienen un brillo resbaladizo, uno como el de una heladería en la noche. Invita a tocarlos y besarlos. La chica se desplaza un poco a la izquierda y marca un espacio más amplio.

—Si ustedes tienen cristos —digo—, me imagino que también tendrán demonios.

Ha debido de lidiar con clientes mucho peores, que gritaban y rompían el mobiliario y se derrumbaban ante ella empapados de un sudor de hielo.

—Aquí no damos este tipo de servicio.

No parece asustada de mí y eso me interesa: la chica que hay debajo de la chica educada. Ya más cómodo, me recuesto y me desabrocho el primer botón de la camisa. Aflojo los cordones de las zapatillas y saco ligeramente los talones. Le sonrío. Estas erecciones de lenguaje suelen salirme caras. Sólo está haciendo su trabajo, aunque esté empapado en sangre y la muerte sea para esta empresa algo a lo que, si lo deseas mucho, puedes colocarle un lazo.

—Perdone que haga bromas. Me cuesta mucho ver todo

esto de otra manera. No es por falta de respeto. De hecho, soy un poco supersticioso, por eso quiero informarme bien.

—Ya se irá haciendo a la idea.

—Entonces, ¿dice que no hay otro tipo de tallas? No le digo ya un demonio, pero algo que muestre la naturaleza de lo que ha... de la persona que... cómo se lo podría decir, que represente una sensibilidad particular.

—¿Qué tipo de talla está pensando usted?

—Le voy a decir la verdad. La mayoría de las veces no sé en qué andaba metido mi padre —digo—. No nos veíamos mucho. Me imagino que, si pudiera, él hubiera elegido que le colocaran una figura geométrica en el ataúd. Quizás un cuadrado de color negro hueso en el frontal. Le gustaba mucho el arte abstracto. ¿No tienen nada de eso? ¿Nada que lo haga distinto?

—Lo siento.

En las grutas de mi cabeza aparece una alta hoguera en los vertederos de la ciudad, donde se sacrifica un cerdo en honor al desaparecido. Después una piscina. Mi madre y yo lo colocamos apoyado contra los azulejos para que nos mire chapotear y honrarle, exactamente como si él hubiera sido bondadoso y melancólico, un honorable Gatsby que salpicaba y nos hacía reír. Sería estupendo inventarle un pasado en el que los acontecimientos no estuvieran ya muertos de antemano. Es triste que esta clase de celebraciones proscritas de la muerte no tengan sentido para estos empleados. Aunque costaran dinero y yo quisiera pagarlo, la ley no les dejaría. No hay. No se puede. No existe.

La chica vigila con los ojos una de las puertas en la que se oye ajeteo. Ahora hace más calor. Borrada toda esta limpieza y sus palabras con olor a catálogo publicitario, tendríamos charlas agradables junto al ventanal de una cafetería. Túm-

bate en el gran sillón conmigo, venga. Después, ella también saca los talones de sus tacones. Me tutea.

—También te digo que aquí a veces hacemos la vista gorda y dejamos que la familia les meta caprichos dentro del ataúd. No somos estrictos.

—¿Y qué opinas sobre eso?

—Que a la muerte tiene que llevarse uno algo.

—Y si no te molesta que te lo pregunte, ¿qué colocarías tú dentro del de tus padres?

—Mis padres aún están vivos, gracias. Quiero que siga así. Desisto de coquetear. Parece pragmática. Además está deseando cobrarme dinero y, a lo mejor, una libra de carne, como el mercader de Venecia.

—¿Puedo elegir algo más, señorita?

—También tenemos catálogo de flores. El de urnas es aparte.

—No, mejor que no.

—Es más cómodo de transportar —dice—. Molestan menos.

—Me sentiría fatal con la idea de llevarle en el maletero. Con la suerte que tengo, la urna acabaría por abrirse y tendría que ponerme a fregar los asientos del coche. Mira ¿sabes qué?

Cojo el catálogo en el que los precios empiezan a provocarme vergüenza.

—Elígelo tú.

—Pero yo no conocía a...

Se levanta, molesta. De repente desprende una dignidad erótica.

—Esto no está bien. Puedes volver en un rato y pensarlo.

—¿Y qué debería hacer, según tú? —digo—. ¿Me voy a vagar por la ciudad y hago una lista con los momentos bonitos? En confianza, me pongo muy nervioso en los supermercados. Es de esperar que en una funeraria me pase lo mismo.

Su botín es suculento al final de esta mañana: tiene los datos del hospital, de mi cuenta bancaria e incluso he escrito algunas alabanzas muy hermosas sobre ella en el formulario acerca del buen trato que me ha dado. De pronto, quiero que la asciendan. Podría darle mi teléfono, pero el nombre de Irene se infiltra de pronto y se queda debajo de mi lengua. Después nos hemos estrechado la mano y, mientras me cogía otra vez del codo, me ha arrastrado hasta la salida.

Empiezo a sentirme muy cansado. Estoy sudando, a pesar de la brisa helada que corre desde los árboles al otro lado de la acera. Camino hasta apoyarme en un coche. Me atenaza el estómago. Cada minuto noto que los músculos se me vencen hacia el interior de la tierra. No sé si voy encorvado, así que me estiro un poco y avanzo unos metros más intentando orientarme. Luego me detengo. Dentro de esa vitrina del banco que hay enfrente, el bulto pegajoso de un vagabundo se incorpora, saca las manos de un saco de dormir, se cruje los dedos y mete la mano en la entrepierna de su pantalón. Con la otra me ofrece un vaso de papel. ¿Será capaz de oler a los hombres con puntos débiles, como hacen los perros de la policía? Le mando un beso y dejo una moneda sobre el techo del coche. Farfulla entre dientes. Me hace un gesto con el dedo índice para que me acerque a entregarle esta misma moneda. Le respondo con otro movimiento de mano, más brusco, para que se vuelva a dormir, una actividad que los ejércitos de pobres que colonizan esta ciudad han convertido en un arte tan digno como el de la cetrería. Coloco la moneda de canto, justo en el borde del techo del coche. Será mejor que te des prisa. Ahora sigo caminando. Querría dormirme en esta misma acera, dormir hasta la noche, que me dieran por muerto y me metieran dentro de uno de esos

ataúdes tan brillantes del catálogo, y que me cubrieran de agua y flores frescas, y que me dieran un pequeño compartimento para tres o cuatro libros que ame. Estoy más vivo que nunca, por desgracia. Ella me lo hace saber, acercándose desde el paso de peatones. Aparca la moto; una vespa verde.

—Irene.

Mientras tanto, se desabrocha el casco.

—Irene —repito otra vez.

—¿Por qué dices mi nombre cada vez que me ves?

—Es que si te lo contara no tendría tanta gracia.

—¿Quieres que te lleve? —dice.

Abre la trasera de la vespa y saca un casco. Intento colocármelo un par de veces. La cabeza no me cabe. Irene hace una mueca de decepción.

—Me gusta caminar —digo—. No pasa nada.

—Vale, ¿entonces quieres que nos emborrachemos?

—Son las doce de la mañana. —Allí atrás, el indigente se ha pegado contra el cristal y no deja de mirarnos a través de sus rendijas pellejudas—. Mi cuerpo, Irene. Es un templo.

—Con lo que te ha pasado —asegura ella—, es lo que tendrías que hacer. Todavía no has llorado.

—Lloré una vez, con catorce años. Es que murió mi perro. Compruebo poco después que conduce demasiado despacio. Si esto fuera un cuento infantil, ella sería una pequeña condesa y yo el ogro de músculos abultados que ruge en lo alto de su carreta y no se preocupa por nada. Le indico con el dedo que me deje junto al gimnasio que linda con mi calle. Será mejor que Bernat no vea la moto y a la chica.

—La horquilla esa que tienes —digo mientras desmonto. Me crujo las articulaciones de los brazos—, ¿te importa que me la quede?